





# **¿A cambio de qué nos sacaron de allá?**

Transformaciones identitarias en una  
comunidad de recicladores de Bogotá



# ¿A cambio de qué nos sacaron de allá?

Transformaciones identitarias en una  
comunidad de recicladores de Bogotá

Jenny Marisol Ávila Martínez



UNIVERSIDAD PEDAGOGICA  
NACIONAL

*Educadora de educadores.*



A Magaly, por su compañía y nuestros aprendizajes

Ávila Martínez, Jenny Marisol

¿A cambio de qué nos sacaron de allá? Transformaciones identitarias en una comunidad de recicladores de Bogotá / Jenny Marisol Ávila Martínez. – Primera edición. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2021  
246 páginas. Fotografías.

Incluye: Referencias bibliográficas

ISBN impreso: 978-958-5138-79-7

ISBN PDF: 978-958-5138-80-3

ISBN Epub: 978-958-5138-81-0

1. Antropología Cultural. 2. Espacio Urbano – Aspectos Sociales. 3. Política Ambiental – Bogotá. 4. Ciudades y Pueblos – Aspectos Sociales – Bogotá. 5. Sociología Urbana. 6. Gestión Ambiental. I. Tit.

307.76098 Cd. 21 ed.

Todos los derechos reservados  
© Universidad Pedagógica Nacional  
© Jenny Marisol Ávila Martínez

ISBN impreso: 978-958-5138-79-7

ISBN PDF: 978-958-5138-80-3

ISBN ePub: 978-958-5138-81-0

doi: <https://doi.org/10.17227/sf.2021.8803>

Primera edición, 2021

Leonardo Fabio Martínez Pérez  
RECTOR

María Isabel González Terreros  
VICERRECTORA DE GESTIÓN UNIVERSITARIA

John Harold Córdoba Aldana  
VICERRECTOR ACADÉMICO

Fernando Méndez Díaz  
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO Y FINANCIERO

Gina Paola Zambrano Ramírez  
SECRETARIA GENERAL

#### PREPARACIÓN EDITORIAL

Grupo Interno de Trabajo Editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Carrera 16A n.º 79-08

[editorial.pedagogica.edu.co](mailto:editorial.pedagogica.edu.co)

Teléfono: (57 1) 347 1190 - (57 1) 594 1894

Bogotá, Colombia

Alba Lucía Bernal Cerquera

COORDINACIÓN

Maritza Ramírez Ramos

EDICIÓN

Martha Janneth Méndez Peña

CORRECCIÓN DE ESTILO

Claudia Patricia Rodríguez Ávila

DIAGRAMACIÓN Y DISEÑO DE CUBIERTA

Johny Adrián Díaz Espitia

FINALIZACIÓN DE ARTES

Alejandro Ortiz

*South Mountains, Suba, Bogotá, Colombia.*

Tomada de: <https://unsplash.com/photos/u6kIBi1Kemc>

u6kIBi1Kemc

FOTOGRAFÍA DE PORTADA

Xpress Estudio Gráfico y Digital S.A.S./Kimpres

Bogotá, D.C., 2021

IMPRESIÓN

Fecha de evaluación: 11-12-2019/13-12-2019

Fecha de aprobación: 27-02-2020

Hecho el depósito legal que ordena la Ley 44 de 1993 y el decreto reglamentario 460 de 1995.  
Este libro no puede ser fotocopiado, ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método, sin la autorización por escrito de la universidad.



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA  
NACIONAL

*Educadora de Educadores*

# Contenido

<b>Agradecimientos</b>	15
<b>Prólogo</b>	17
<b>Introducción</b>	21
<b>Páginas para comprender e interpretar el texto comunero</b>	21
Los primeros protagonistas de la escena	21
<b>Incidentes y aciertos en el trabajo de campo</b>	24
<b>El método como principio organizador del trabajo de campo</b>	28
<b>La etnografía con los marginados</b>	34
<b>La pertinencia de la ciudad y el suelo urbano en el trabajo etnográfico</b>	37
<b>Una vuelta necesaria por la comunidad</b>	38
<b>Otros abordajes sobre lo comunitario</b>	40
<b>El trabajo de campo hecho texto</b>	49
<b>Capítulo 1. Qué difícil es llegar a donde nadie nos ha invitado: acerca de las estrategias alternativas para construir ciudad</b>	53
<b>Los de Casitas: Comuneros que estudiaban en el Herberth</b>	53
<b>Ignorancia e inocencia metodológica. ¿El camino para entrar a las “Casitas” de Comuneros?</b>	60
<b>Las abuelas y su experiencia de migrantes</b>	69
<b>Comuneros no fue un grupo de migrantes como los demás</b>	77
Abriendo caminos y levantando techos en la ciudad	78
Rechazados por la legalidad y acogidos por la informalidad	82
Tomar prestados los servicios legales	87

<b>Capítulo 2. Las añoranzas del pasado en la Cuarenta: prácticas identitarias de una comunidad</b>	95
<b>También para Comuneros todo tiempo pasado fue mejor</b>	95
<b>La informalidad garante, haciendo hábitat desde el margen</b>	97
<b>Construcción y particularidad de la comunidad comunera</b>	101
El trabajo como eje constitutivo del gueto comunitario	107
Puente Aranda como una solución habitacional y laboral	111
Estrategias de sobrevivencia en el reciclaje	115
Las relaciones de habitabilidad dentro y fuera de los ranchos	125
Los procesos organizativos en defensa de la invasión	138
<b>Capítulo 3. Nuevos tiempos de lucha por el acceso a la vivienda. Qué difícil es irnos del lugar que más queremos</b>	147
<b>La calcomanía roja</b>	147
<b>Comuneros: esta vez tampoco van a “Formar Ciudad”</b>	151
Reubicación sí, unión comunitaria no	158
<b>Punto de giro: cómo la reubicación fue un gran engaño</b>	168
<b>Amargo recibimiento: por la población de Suba habla el crimen</b>	172
<b>Capítulo 4. Estas no son las “casitas” de Comuneros: nuevas estrategias para construir identidad</b>	185
<b>Un nombre para mantener vivo el pasado</b>	187
<b>Las transformaciones y las luchas por la permanencia</b>	190
Guerra de carretas: estrategias para la búsqueda del sustento	191
Hijos solos, hijos delincuentes	199
Criminalización en la escuela	208
<b>Otra generación, nuevas expectativas y oportunidades</b>	216
<b>Diferentes búsquedas de comunidad: últimas noticias sobre Comuneros</b>	220
<b>Conclusiones</b>	227

<b>Y finalmente, ¿quién vive en esas casitas con techos de zinc?</b>	227
Efectivamente, Comuneros no es como todas las comunidades	227
<b>Construyendo identidad desde el margen</b>	229
Una vivienda no es solo de concreto	231
<b>Qué pasó con los estudiantes del Herberth</b>	232
<b>Un aporte al análisis de la comunidad</b>	236
Espacios vacíos para reconstruir	237
<b>Referencias</b>	239
<b>Sobre la autora</b>	245



# Índice de fotografías

Fotografía 1. El interior de los salones en una jornada de clase.	92
Fotografía 2. Vista interior del Instituto Herberth Spencer.	92
Fotografía 3. Único espacio de recreación en el colegio: la cancha central durante un campeonato.	93
Fotografía 4. Casi no recuerdo el barrio con tiempo lluvioso.	93
Fotografía 5. Es muy temprano y es fin de semana, la gente aún no empieza a salir de sus casas.	93
Fotografía 6. La carreta de Lola frente a su vivienda en Casitas, en Suba. No parece, pero es liviana y puede soportar hasta toneladas.	146
Fotografía 7. Lola frente a su casa, acompañada de su vecino. A ella no le gustan las fotos, en especial cuando no está bien arreglada, así que simulaba organizar la ropa para no darme la cara.	146
Fotografía 8. Hilera de ranchos a la orilla de la carrilera en la carrera Cuarenta.	146
Fotografía 9. Material para el trabajo. Muchos transeúntes de la Zona Industrial desconocían la actividad de sobrevivencia de los Comuneros, por lo que les parecía inconcebible la alta presencia de basura acumulada a lo largo de los ranchos.	146
Fotografía 10. Una escena de la vida cotidiana, el cargue de residuos al camión que lleva la carga al centro de acopio.	146
Fotografía 11. El reciclador y su respectiva zorra frente a una fábrica, quizá esperando el tiempo para recoger los residuos.	146
Fotografía 12. Fachada de la casa de uno de los hermanos de Lola; se caracteriza por ser una de las mejor arregladas, tanto así que los demás hermanos han tratado de copiarla para sus viviendas.	183
Fotografía 13. A las madres de familia comuneras les da nostalgia ver estas fotos. Muchos de estos niños disfrazados han cambiado, ya son adultos con hijos, se han divorciado y han regresado.	183

Fotografía 14. El espectáculo de mariachi fue la sorpresa del evento; mediante una recolecta organizada con la Junta, lograron contratar al grupo que homenajeó la presencia del alcalde.	183
Fotografía 15. Uno de los líderes de la comunidad conversando con el Alcalde. Pregunté de qué estarían hablando en ese momento, pero nadie me dio razón. Si era hora del desayuno, entonces no era sobre la reubicación.	183
Fotografía 16. El camión frente a los ranchos, esperando con el trasteo para emprender su viaje a la nueva vivienda en Suba. Este fue el momento que ningún Comunero quería que llegara.	183
Fotografía 17. A este lugar del barrio le denominan <i>el hueco</i> porque ahí se reúnen los muchachos a consumir droga. Desde la ventana trasera del Salón Comunal veo el mural, veo la gente que sube y baja, veo a los muchachos y a ellos no les gusta verme ahí.	224
Fotografía 18. El nombre innombrable.	225
Fotografía 19. Tiempo de testimonios. José Luis también quiere contar.	225
Fotografía 20. Pliegue de archidrón con basura acumulada. En algunas viviendas, la acumulación de basuras ha carcomido el metal, lo que provoca filtraciones de agua dentro de las casas que afectan la salud de los niños.	225
Fotografía 21. Frente al Salón Comunal. A la izquierda está Isaías, el mejor jugador de fútbol del barrio; a la derecha, Kike pequeño, el segundo mejor jugador de fútbol del barrio.	225
Fotografía 22. Nueva ronda de juegos. De izquierda a derecha: Nelcy, Darío y Kike grande.	225
Fotografía 23. Constantemente los vecinos del barrio deben enviar solicitudes a la empresa de aseo de Bogotá para podar el pasto, ya que cuando está demasiado largo, hay proliferación de plagas y enfermedades.	226
Fotografía 24. La humedad producida por la mala estructuración de las tuberías y el alcantarillado en el proceso de construcción de la urbanización es otro de los puntos centrales en las discusiones del barrio.	226
Fotografía 25. Así se ve Comuneros desde afuera.	226

# Agradecimientos

Estos agradecimientos son especialmente para los habitantes de Comuneros; todos ellos me prestaron su pasado y me abrieron las puertas de su casa. Son personas que se suman a esos rostros conocidos, queridos e inolvidables. Agradezco especialmente a Nelcy Ramos, cuya vocación de servicio hacia Comuneros admiro; ella es una mujer líder que se educa y trabaja por los derechos de su gente. Agradezco así mismo la espontaneidad y la gratitud de Lola y sus hijos, junto a quienes encontré un espacio de confianza para conocer la dimensión más íntima del mundo comunero.

Este recorrido ha estado acompañado por muchos maestros; sin duda los primeros y más importantes son mis padres, Carmen y José. Otro maestro que contribuyó de manera constante, exigente y crítica en la elaboración de este libro fue Madisson Carmona, compañero de universidad, trabajo y vida. Finalmente, Pablo Nieto, quien siempre apoyó mi apuesta por hacer un trabajo de carácter etnográfico; gracias a sus aportes con rigurosidad y lucidez logré acercarme a los rudimentos de la investigación antropológica.



# Prólogo

Acepté gustosamente la invitación a escribir este prólogo porque comparto con la autora, Jenny Marisol Ávila Martínez, la pasión por la investigación sobre la historia social de los descartes humanos en ciudades como Bogotá y, por supuesto, el rastreo de las huellas que dejan nuestros restos, por cuanto nos permiten pensar desde orillas no convencionales temas vitales como la desigualdad espacial, el ambiente urbano, la economía o el urbanismo.

Hace un año largo compartí con Jenny Marisol un espacio académico que discutía el derecho a la ciudad; ambos coincidimos en interrogar este tema desde la perspectiva de los estudios sociales del desecho. Ella comentó aspectos sobre la Comunidad Comuneros, una agrupación urbana asentada en la populosa y desigual localidad de Suba, que por sus memorias y por sus prácticas urbanas está conectada con la historia de Bogotá y específicamente con el primer Comuneros, un asentamiento urbano formado en la segunda mitad del siglo xx en la localidad de Puente Aranda y dedicado por cuatro décadas, mayoritariamente, a la recuperación de materiales reciclables de uno de los primeros corredores industriales de la capital.

La exposición de Jenny Marisol activó mis memorias y recordé que ya había tenido encuentros previos con el “asunto” Comuneros. La lectura del libro me confirmó que hoy es posible hablar de la diáspora urbana de la primera Comunidad Comuneros, desplazada por el urbanismo neoliberal, pero que mantiene vínculos con su lugar de origen. Años atrás, realizando un trabajo sobre derechos humanos en la localidad de Bosa, encontré archivos de prensa y testimonios de habitantes de esa localidad que hablaban de

una protesta social, un levantamiento popular por allá en 1996, en rechazo al traslado de habitantes de calle y recicladores de la zona El Cartucho que la Alcaldía quería trasladar inconsultamente a la localidad.

Según la prensa de la época, el alcalde Mockus se quejaba de la falta de humanidad de los pobladores de Bosa con sus congéneres; era imposible que los “pobres rechazaran a los pobres en lugar de acogerlos”. La prensa documentó que no se trataba de habitantes de El Cartucho, sino gente de la Asociación Comuneros, dedicados al trabajo del reciclaje. Desde el punto de vista de los pobladores que bloquearon el acceso a Bosa, la Alcaldía en ningún momento buscó un diálogo previo con las comunidades y, según el testimonio de una señora que dijo haber participado en los disturbios, varios camiones del Distrito llevaron decenas de personas, hombres mujeres y niños, y las dejaron en un lote de Bosa, sin alimento, vivienda, ni mayor consideración. Este primer episodio, más allá de la moralización mediática y de la cultura ciudadana mockusiana deja ver una idea de ciudad segregada donde los espacios ocupados por los sectores subalternos son los que más fácilmente se convierten en “zonas de sacrificio”, áreas urbanas que, al ser receptoras de infraestructuras contaminantes, o de poblaciones aún más precarizadas, tienen impactos desestabilizadores, reales o percibidos (Holifield y Day, 2017). Jamás pasó por la cabeza de los urbanistas y del alcalde Mockus llevar a los habitantes de Comuneros a barrios de clases altas y medias. Las narrativas de la modernización urbanista están plagadas de relatos que pretenden confirmar que al fin y al cabo los pobres deben soportarse la pobreza y que los pobres son “naturalmente” crueles con sus iguales.

Mi segundo encuentro con Comuneros fue a lo largo del trabajo de investigación doctoral, específicamente cuando abordé aspectos de la historia del relleno sanitario Gibraltar, convertido en botadero, construido en 1979 y que operó por diez años en el espacio limítrofe de las localidades de Bosa y Kennedy. Encontré que a mediados de la década de 1980 un primer grupo de desalojados del sector de Comuneros en la zona industrial de Puente Aranda fue desplazado a las inmediaciones del botadero Gibraltar

en donde, según se les dijo, podían seguir trabajando dentro del botadero en la recuperación de materiales. Las familias decidieron bautizar el nuevo barrio como Villa los Comuneros.

Ahora, con la lectura del libro *¿A cambio de qué nos sacaron de allá?*, resultado de la investigación de Jenny Marisol, tengo una visión más completa de la diáspora de la comunidad de Comuneros. Se trata de un trabajo que combina el rastreo histórico, las memorias, la etnografía y la cartografía social para producir una historia de desposesión espacial urbana que, no obstante, no exotiza ni victimiza a los actores subalternos, sino que documenta las estrategias de resistencia, permanencia y las prácticas de trabajo que muchas comunidades de recicladores han construido en sus trayectorias urbanas.

Resulta de alto interés para la comprensión de las luchas urbanas y la historia social de los desechos la trayectoria de la Comunidad de Comuneros. El libro informa, mediante las memorias de los habitantes del barrio Comuneros de Suba, la historia de la primera comunidad, que habitó por cuatro décadas de los predios públicos atravesados por los rieles del ferrocarril a la altura de la naciente zona industrial de Puente Aranda. Aprovechando la cercanía a las industrias, familias desplazadas por la guerra y las políticas de desdoblamiento rural de mitad del siglo pasado construyeron una *economía moral* (Thompson, 1979) de las basuras, que permitió trabajar y construir viviendas con las sobras de la modernización fabril. Esta población hizo parte activa de un tiempo de la ciudad en la que se gestó un activo mercado de desechos, lo cual permitió que durante casi cuatro décadas varias generaciones construyeran una comunidad en el centro del desarrollo urbano, pero por fuera del orden político de la ciudad, que toleró y aprovechó el trabajo como pieza fundamental de la industria.

Jenny Marisol indaga en las memorias de los habitantes de Comuneros (Suba) el proceso de expropiación que la ciudad neoliberal de la década de 1990 hizo sobre el trabajo, la vida, el territorio y la comunidad construida. A los ojos de la renovación urbana y sus agentes, el sector de Comuneros

era no solamente ilegal, sino un obstáculo a los planes de progreso. La batalla jurídica contra los pobres urbanos fue brutal, en algunos casos violenta. La respuesta dependió de las experiencias organizativas y de las alianzas políticas generadas; en el caso de Comuneros, sus integrantes pudieron negociar los términos de la desposesión. La comunidad fue fragmentada, unas familias reubicadas en Ciudad Bolívar y otras en Suba. El caso de Suba resulta paradigmático.

La autora informa sobre las lógicas de construcción de la ciudad desde la racionalidad de urbanistas y políticos de la modernización. Estos pretenden actuar asépticamente, pero alteran las trayectorias de centenares de personas ya que suponen que los subalternos y los más pobres que habitan la ciudad no construyen territorios, comunidades, economías populares y, por ende, son obstáculos al progreso y pueden ser movidos a cualquier zona de sacrificio.

La trama compleja de trayectorias, memorias, resistencias y luchas por el derecho a la ciudad es el relato que encontramos en este nuevo libro.

**Frank Molano Camargo**

Docente titular

Universidad Distrital Francisco José de Caldas

## Referencias

- Holifield, R. y Day, M. (2017). A framework for a critical physical geography of “sacrifice zones”: Physical landscapes and discursive spaces of frac sand mining in western Wisconsin. *Geoforum*, 85, 269-279.
- Thompson, E. P. (1979). La economía moral de la multitud. En *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Editorial Crítica.

# Introducción

## Páginas para comprender e interpretar el texto comunero

### Los primeros protagonistas de la escena

Involucré a Magaly, mi hermana menor, en este proceso de investigación cuando comencé a realizar el trabajo de campo en el barrio Comuneros en la localidad de Suba hace dos años. En ese momento Nelcy Ramos, la líder del barrio, me propuso como condición para ingresar a realizar mis observaciones el diseño de una serie de actividades recreativas que sirvieran como retribución a la colaboración que tanto ella como todos los habitantes del barrio estuvieron dispuestos a ofrecerme. Si realmente estaba interesada en una investigación que me permitiera comprender la historia y las transformaciones identitarias de la comunidad Comunera, tenía que corresponder a esa petición. Para ello, necesité de Magaly, una persona diestra en la cuestión.

En lo último que pensé cuando inicié mi trabajo de campo fue en diseñar actividades recreativas para la población infantil y de tercera edad del barrio; yo no sé de bailes ni de juegos tradicionales. Mi formación es en ciencias sociales. En este proceso formativo comprendí que, a veces, mientras analizamos científicamente el mundo, terminamos por enajenarnos de las cosas más sensibles y cotidianas del ser humano, como el mismo juego y el ocio. Yo no aprendí de eso, no lo concebí como un componente

fundamental en las relaciones sociales, no tenía idea al respecto, en cambio mi hermana Magaly sí; ella va a la universidad a verle el sentido científico y pedagógico a eso de saber recrearse en el tiempo libre.

Como ella sí sabe de juegos, sabe integrarse y hablar con la gente, sabe establecer fácilmente vínculos mediante una conversación y, además de todo, se ríe a cada rato. Aproveché sus cualidades y acudí a ella como nunca antes lo había hecho. Tuve que integrarla en el contexto social que rodea a las personas que habitan el barrio Comuneros de Suba.

Magaly, Comuneros es un barrio que queda cerca al barrio Rincón, donde vive mi abuelita. El barrio queda a la orilla de la loma, estoy segura de que usted ha pasado muchas veces cerca de él, pero no se ha percatado de su presencia porque es muy pequeño, solo son tres manzanas. Allá viven unas familias conocidas con el mismo nombre del barrio, es decir que también se hacen llamar Comuneros. Espero que no se vaya a confundir con lo que le estoy diciendo, el barrio se conoce con dos nombres: “Comuneros” o “Casitas” y allí viven los recicladores Comuneros.

Los recicladores Comuneros son una comunidad de más de cien familias que vivió durante treinta años en un lote de la localidad de Puente Aranda. En la década de los cincuenta llegaron desplazados por la violencia bipartidista desde distintos departamentos del país. Como no encontraron empleo, tampoco pudieron pagar un alojamiento estable para sus familias, entonces para dar solución a sus problemas decidieron invadir la vía del ferrocarril de la carrera Cuarenta. ¿Usted conoce esa zona? —Queda entre las calles sexta y trece, por ahí, cerca de donde trabajaba mi papá.

Durante tres décadas muchas familias en la misma condición de pobreza y dificultades materiales iban llegando para establecerse en la invasión, construían sus casas con materiales provisionales, como cartón, madera y latas viejas de zinc. Para subsistir, aprovecharon la cercanía con la Zona Industrial para encargarse de recoger los desechos que provenían de la actividad de las fábricas. En la zona se producían toneladas de basura que fueron progresivamente organizadas por la comunidad de la invasión, ellos mismos construyeron sus carretas para recolectar los desechos y llegaron a acuerdos

con los empleados de las fábricas para determinar horario de cargue de material. Así se convirtieron en la comunidad de recicladores Comuneros. ¿De dónde sacaron ese nombre? Después me lo contarán ellos, supongo.

En la década de los noventa llegó la Alcaldía de Antanas Mockus, usted no se alcanza a acordar de la *cultura ciudadana* pero yo sí. Ese era el plan bandera de su administración, en su discurso decía que la cultura ciudadana se alcanzaba mediante la recuperación de los espacios públicos, por lo tanto, solicitó el desalojo de comunidades invasoras de espacios públicos como la carrilera donde vivían Comuneros, a quienes después de negociaciones mediadas por el caos social, jurídico y administrativo, reubicó allá en Suba, en unas casas muy pequeñitas en donde viven desde hace diecinueve años. El asunto no es tan sencillo como se lo he contado, sobre lo complejo iremos hablando en el camino, si me quiere hacer el favor de acompañarme.

Después de la explicación, Magaly decidió ir conmigo. Llegó desde su primer día con rutinas de ejercicios preparadas para las abuelitas que asistían a los talleres de actividad física; esas fueron las primeras acciones que organizamos en el barrio. En un cuaderno grande llevaba las figuras de las instrucciones para cada ejercicio. Contrario a lo que yo pensaba, ella realizó un trabajo disciplinado, suficiente para que construyéramos poco a poco una credibilidad ante la comunidad que vio cómo de un momento a otro aparecieron dos personas físicamente idénticas —“las profes—, que bailan en el Salón Comunal con las abuelitas. Claro, entre las dos hubo una que hizo poco ejercicio, que se quedó viendo por la ventana, que no hizo las actividades sino que se la pasó en el portón del salón, hablando con todos los que pasaban, tratando de darse cuenta de lo que iba sucediendo en el barrio y frente a ella.

## Incidentes y aciertos en el trabajo de campo

Cuatro meses después de estar cada semana en el barrio Comuneros, las personas nos reconocían; como nadie se interesó mucho saber nuestros verdaderos nombres, se refirieron a nosotras como “las profes”. Cuando íbamos caminando por las cuadras angostas del barrio, nos saludaban desde las ventanas; si en la tarde hacía sol nos invitaban a jugar yermis y si hacía frío nos invitaban a tomar tinto. No establecimos conversaciones con la totalidad de los habitantes del barrio porque a muchos les molesta salir de su casa y lo hacen cuando es estrictamente necesario, pero curiosamente cuando nos encontramos con alguien a quien no hemos visto, nos saludamos, como si ellos reconocieran que pasamos largo tiempo en el lugar, compartiendo juntos el mismo espacio.

En los fines de semana o en los tiempos de vacaciones, las calles están llenas de gente de todas las edades, los niños juegan a ser cantantes, futbolistas, ladrones y policías; los adolescentes en la entrada de las casas oyen rap, se hacen peinados y se lanzan miradas con afectiva complicidad, y los adultos mientras tanto hacen arreglos a sus casas o discuten con los vecinos sobre los problemas del barrio. En cada vivienda suena música de cualquier género a alto volumen, el niño que está jugando intercala sus actividades con los mandados que debe hacer a la tienda, suben y bajan con huevos, leche y pan. Al oscurecer, los más jóvenes se ponen sus mejores prendas, esperan en la esquina a sus amigos y se van a la discoteca. Algunos continúan la fiesta en el barrio, sigue la música, llegan la cerveza y el ron, a veces las peleas y con éstas la policía.

En el mes de diciembre, cuando más se presentaron estas tardes de diversa convivencia, algunos niños se nos acercaron para preguntarnos si teníamos alguna actividad especial para las novenas de aguinaldos; a decir verdad, no sabíamos que la integración que amablemente nos estaban permitiendo dentro de la comunidad implicaba la participación en esas fechas.

Sin pensarlo, tomé la palabra y viendo una oportunidad de mayor interacción con los vecinos les propuse que organizáramos un día de novena con procesión por todo el barrio, como las que se hacen en la Semana Santa.

La idea se propagó entre los vecinos, que desde la ventana preguntaban cómo iba a ser la novena, y si íbamos a dar refrigerios o si habría regalos. Las personas esperaban pasar un buen momento y a la vez recibir algún presente material. Por fortuna, la familia Rubiano, una de las más numerosas del barrio, se encargó de preparar sánduches y gaseosa para los asistentes, Kike grande<sup>1</sup> se comprometió a conseguir un bafle con micrófono, la señora Nelcy,<sup>2</sup> junto con Lola,<sup>3</sup> armaron un árbol de Navidad en el Salón Comunal, tomando como materia prima vasos plásticos reutilizables y libros viejos de la biblioteca del mismo salón. Las profesoras, por nuestra parte, nos comprometimos a diseñar el orden de las estaciones y a elaborar una piñata para romper al final de la novena.

- 
- 1 Kike grande tiene quince años. Su tía es propietaria de uno de los predios de reubicación en la localidad de Suba. Él siempre está en casa de ella porque su mamá no quiso hacerse cargo de su educación; por eso, desde el 2015 está desescolarizado, esperando en su casa qué oficio puede realizar.
  - 2 Nelcy Ramos es la presidenta de la Junta de Acción Comunal, tiene 50 años y es oriunda de Turmequé, Boyacá. Ella me contó que llegó a Bogotá cuando tenía 18 años, salió de su pueblo para poder terminar el bachillerato, pues si permanecía en Turmequé solo tendría como opción de vida el matrimonio. Huyendo de esos designios, terminó su secundaria en la jornada nocturna, mientras en la mañana trabajaba con comunidades desfavorecidas de Ciudad Bolívar. Estando en el colegio conoció a su esposo, Humberto R., hijo de un reciclador Comunero, con quien seis años después de haberlo conocido se casó, vinculándose de esa forma con Comuneros, hasta tomar una responsabilidad política frente a la comunidad y encargarse desde hace más de diez años de encabezar las reivindicaciones del colectivo.
  - 3 Lola es la tía de Kike; al igual que el esposo de Nelcy, ella también nació en Comuneros y se dedica al reciclaje desde su infancia. Tiene 48 años y actualmente es la propietaria de uno de los predios de reubicación en Suba. Allí vive con sus seis hijos y un nieto que acaba de nacer. En la comunidad se ha caracterizado por sus habilidades deportivas y artísticas. En las fechas importantes se encarga de la decoración de la calles y del Salón Comunal. Cuando las muchachas requieren de entrenamiento para campeonatos de fútbol, es ella quien se encarga de su preparación.